

Aparte de esto, creo que la publicación de este primer número de los *Cuadernos de Trasmiera* es un símbolo de las posibilidades de aunar esfuerzos de estudiosos en una tarea común, pero también de aunar igualmente voluntades políticas para lograrlo: ha sido una muestra ejemplar de colaboración entre la Consejería de Cultura, Educación y Deporte y la Mancomunidad de Trasmiera para sacar adelante esta iniciativa singular.

Sería injusto terminar esta reseña sin hacer referencia a la persona que con su trabajo ha sido capaz de llevar adelante esta idea. Con el primer número de los *Cuadernos de Trasmiera*, su director, Fernando Gomarín, ha demostrado que la producción de cultura y rigor no está limitada necesariamente al ámbito académico o a las instituciones culturales centralizadas, sino que puede —y debe— ser generada desde todas las escalas de la vida regional y local con resultados que no dudo en calificar de excelentes. Nos ha puesto a todos ante un reto de futuro: trabajar por la continuidad de esta serie y promover, a partir de este ejemplo, nuevas iniciativas.

MANUEL R. GONZÁLEZ MORALES

*Cuadernos de Trasmiera, II* (Santander: Merindad de Trasmiera, Diputación Regional de Cantabria, Ayuntamiento de Santoña, RODU, S. A., 1990), 211 pp. con ilustraciones.

Una vez más, *Cuadernos de Trasmiera* pone a nuestro alcance una serie de trabajos de investigación sobre distintos aspectos del patrimonio Histórico de esta comarca cántabra. El número II de la serie es diverso tanto por los temas tratados como por la cronología de los mismos, que va desde los epílogos del Paleolítico Superior hasta formas de vida y cultura tradicionales que aún están presentes en nuestros días.

el mayor número de los trabajos aborda temas de carácter histórico —ya sea a través de fuentes escritas o a partir de información de carácter arqueológico y paleoambiental— que documentan aspectos de la Prehistoria, la Historia Económica y la Historia del Arte de diferentes lugares y personalidades trasmeranos. Hay artículos tan variados como uno sobre la Prehistoria de las Marismas —que adelanta algunas conclusiones de un proyecto del Plan Nacional de Investigación de la Dirección General de Ciencia y Tecnología—, varios sobre arquitectos, escultores, ensambladores y canteros trasmeranos, y uno más sobre el pasabolo-losa, juego tradicional de Trasmiera. No faltan incluso los que tratan de otros elementos más perecederos del bagaje cultural de la Merindad, como la Lingüística y la Botánica. Mientras que la primera se concreta aquí en aspectos sociológicos de la metafonía en el Valle de Aras (Carmen Fernández Juncal), Enrique Lorient, con su inventario de árboles singulares nos permite conocer la pervivencia de la intervención del hombre —muchas veces como recuerdo de lejanos países a los que acudió a la búsqueda de mejor fortuna— en el paisaje vegetal de parajes públicos y jardines privados.

Creo que en todos ellos confluye un doble interés: por un lado, cumplir con la obligación —que lo es para el investigador, pero también, y sobre todo, para la Administración— de dar a conocer a la comunidad científica los resultados de su trabajo, y por otro, poner al alcance de la sociedad lo que para él es el fruto de muchas horas de campo, de laboratorio, de archivo y de biblioteca.

Pero la publicación de estos resultados es, además, un instrumento muchas veces imprescindible para la *conservación* del Patrimonio Histórico, cada vez más amenazado.

En ocasiones es el propio proceso investigador el que tiene algo de destructivo —lo que por ejemplo es tópicamente cierto en el caso de las excavaciones arqueológicas— por lo que el registro y publicación de los resultados es imprescindible para que los datos y conclusiones obtenidos no se pierdan definitivamente. Pero el Patrimonio Histórico no sólo está compuesto de elementos materiales, sino también de formas de vida y de recuerdos que son las primeras víctimas del actual proceso uniformador, en que el progreso, como decía don Gregorio Marañón, «deshace ante todo a lo más frágil».

De ahí que la labor de cuantas personas han participado en la elaboración de este nuevo número de *Cuadernos de Trasmiera*, y en especial de su director —que lo es también del Aula de Etnografía de la Universidad de Cantabria—, deba recibir nuestro elogio y nuestro ánimo. Pero sin duda su esfuerzo hubiese servido de poco sin el apoyo institucional de la Merindad de Trasmiera, la Consejería de Cultura, Educación y Deporte y el Ayuntamiento de Santoña y el de la empresa privada, en este caso RODU, S. A. A ellas debemos pedir, ante todo, un compromiso de continuidad para que éste camino iniciado con seriedad y con rigor no se vea interrumpido sino potenciado, y que Trasmiera y Cantabria puedan seguir contando con una publicación que es ya instrumento necesario para el conocimiento y la difusión de algo tan presente como es el pasado.

ALFONSO MOURE ROMANILLO

FRAGO GRACIA, Juan Antonio, y GARCÍA-DIEGO, José Antonio: *Un autor aragonés para "Los veintiún libros de los ingenios y de las máquinas"* (Zaragoza: Diputación General de Aragón, 1988), 148 pp.

Es justo empezar subrayando el cuidado puesto en la edición de este libro, en todo punto hermoso: se presenta bien encuadernado, con atractiva tipografía y enriquecido con grabados e ilustraciones. Apenas lo afea alguna mínima errata inoportuna. Consideradas en sus aspectos materiales, las publicaciones de la «Colección Estudios y Monografías» de la Diputación General aragonesa son ejemplares. Y ésta, la séptima de dicha colección, bien merecía un mimo tal.

Dos investigadores firman un trabajo interdisciplinar donde se dan la mano Filología e Historia de la Ciencia. Cada uno de ellos —así lo explican— «es dueño de sus ideas y conclusiones, aunque, eso sí, la pesquisa se ha llevado a cabo en un continuo intercambio de sugerencias y mutuo aquilatamiento de opiniones» (p. 9). J. A. Frago, filólogo de reconocido prestigio, ha dedicado a la dialectología aragonesa páginas magistrales. Por ello, su colaboración fue requerida por J. A. García-Diego, insigne ingeniero de caminos e historiador de las ciencias y las técnicas, con el fin de confirmar una anterior hipótesis suya, expuesta ahora de nuevo con claridad y de un modo conciso desde el prólogo: el objetivo es fijar definitivamente el origen aragonés del compendio titulado *Los veintiún libros de los ingenios y de las máquinas*, importante fruto, a la vez que primerizo, del saber técnico y científico del Bajo Renacimiento español.

La parte más extensa del estudio está escrita por Frago. Él presenta el texto en los primeros capítulos (pp. 11-15), trata de la experiencia italiana del autor (pp. 17-26) y cuenta cómo aparece Aragón reflejado en la obra (pp. 27-36), todo ello, claro, con la perspectiva del filólogo, atento a la tipificación lingüística, al dato léxico o al fonetismo